

Un gran proyecto de la Unesco: La Hilea Amazónica

Por parecernos que se aviene con el carácter de esta sección de nuestra Revista, damos a la publicidad algunos antecedentes informativos y novedosos que tienen que ver con la gran labor que la UNESCO ha iniciado en la hoya del Amazonas y sus afluentes y que tanto interés puede llegar a tener para los cultores de las ciencias biológicas, geográficas, y aún las ciencias sociales.

El conjunto de letras UNESCO nos da la sigla de lo que, traducido al castellano, hace de explícita denominación del organismo de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

A través de los siglos, la cuenca del Amazonas había conservado su misterio. La Unesco se propone hoy disiparlo y, con este objeto, envía una misión científica internacional, para que haga una información sobre el terreno.

Dicha región es la zona más extensa del mundo desconocida hasta la fecha. Situada en el corazón de la América del Sur, de una superficie igual a los dos tercios de la de los Estados Unidos, cubre la mayor parte del centro, el norte y el oeste del Brasil, penetra en Bolivia, el Perú, el Ecuador, Venezuela y las Guayanas francesa, británica y holandesa, y a pesar de todo no es más conocida que las regiones polares.

El misterio que la rodea nada tiene de sorprendente. Aquella región merece bien el nombre de Hilea amazónica que le dieron Von Humboldt y Bompland. Desde el Atlántico hasta los Andes, constituye una vasta selva apretada e impenetrable, bastante densa para que en ella no haya manera de descubrir a los animales mismos. La meseta de Rorhina, situada entre el Brasil, la Guayana británica y Venezuela, es la parte más inaccesible y, por decirlo así, la zona prohibida de toda la región. Conan Doyle la había elegido para teatro de su gran novela de aventuras "El mundo perdido".

No existe allí otra vía de comunicación que el río y sus afluentes. El

Amazonas es impresionante: si no es el río más largo del mundo, es el más importante, ya que lleva más agua que el Nilo, el Misisipí y el Río Amarillo reunidos. Desemboca en el Atlántico formando un inmenso delta, que comprende centenares de islas, una de las cuales, Marajo, es mayor que Dinamarca. Sobre este punto, hay una anécdota característica: cuando el español Pinzón descubrió en 1500 el Amazonas, navegó durante siete días sin ver tierra y sin percatarse de que ya no estaba en el mar. La tripulación de su barco estaba a punto de morir de sed y no se enteró de que el barco bogaba en agua dulce hasta que vió que el perro de a bordo la bebía con deleite.

Todas las grandes ciudades del Brasil están a orillas del río: Belem, en la desembocadura, tiene 300.000 habitantes. Manaos, 1.600 kilómetros río arriba, es una ciudad sin base industrial ni agrícola, que conoce hoy cierta decadencia, desde la baja del caucho.

La cauchera crece espontáneamente en la selva de la región amazónica y dió origen a una industria próspera, a fines de siglo último y comienzos del actual. Posteriormente, se hicieron plantaciones de este árbol en Malasia; pero cuando los japoneses ocuparon aquel archipiélago, en la última guerra, se ensayó el restablecimiento de

la industria del caucho en la cuenca del Amazonas, y el Brasil mandó allá, con este objeto, 50.000 obreros, que desaparecieron literalmente tragados por la selva, en circunstancias que motivaron una encuesta de los sindicatos brasileños, sin resultado hasta ahora.

El río es la vía natural que siguieron los diferentes exploradores. Orellana fué el primero que lo remontó en toda su longitud hace más de 400 años. Vino después la célebre y trágica expedición de Aguirre, cuyos barcos se despedazaron en los primeros rabones en el viaje de vuelta, y hubo que reconstruirlos, así como reparar las velas repetidas veces. Casi la mitad de los hombres murió de agotamiento y de enfermedad; la mayor parte de los que quedaban fueron víctimas de las flechas envenenadas de los indios. Finalmente, cuando el resto de la expedición llegó al mar, Aguirre se volvió loco, proclamó la República del Amazonas y declaró la guerra a su soberano, Felipe II de España.

Desde el descubrimiento del río, al que dieron el nombre de Amazonas los primeros exploradores, impresionados por la crueldad de las mujeres que vivían en aquella región, se han sucedido las expediciones dedicadas a explorar el interior de aquella zona y penetrar su misterio.

El Amazonas ha dado origen a una larga serie de aventuras, medio reales y medio legendarias, desde la de Sir Walter Raleigh, que fué en busca del Rey indio El Dorado, del que se decía que habitaba en una torre de oro y se bañaba todas las mañanas en polvo del mismo metal, hasta la del célebre explorador inglés, coronel Fawcett, que desapareció hace casi veinte años y que algunos creen vivo todavía, prisionero o jefe venerado de una tribu india.

Hay un hecho cierto y es que las misiones enviadas hasta hoy a la cuenca del Amazonas no han llegado más que a resultados muy parciales. La última de ellas, a pesar de su equipo ul-

tramoderno y de sus métodos de investigación perfeccionados, no ha hecho más que rozar aquel territorio prodigiosamente interesante y ha planteado más problemas que los que ha resuelto.

Sin embargo, la selva amazónica ofrece forzosamente a los sabios del mundo entero un campo de investigación riquísimo, así en el plano sociológico, como en el biológico.

Tres o cuatro cientos miles de indios habitan aquella región y de ellos sólo se sabe que viven en condiciones arcaicas, muy semejantes a las que conocieron los nombres de la edad de piedra. Es indudable que esta parte estancada de la población del globo constituye un tema de estudio fecundo para la sociología de una humanidad que no ha hecho sino transformarse y sobrepujarse durante 2.000 años, y que procura hoy llegar a comprender los progresos de su evolución.

Por otra parte, el reino vegetal y el animal ofrecen allí una variedad notable. El clima, de calor sotocante y excesiva humedad, ha hecho que su fauna y su flora revistan rasgos particulares desconocidos en el resto del mundo. Es bien conocido el ejemplo de las patatas del Perú, de dimensiones y aspecto extraordinarios. Del mismo modo, las plantas y los animales del territorio en cuestión ofrecen características sorprendentes, que incitan a la investigación científica.

La razón principal a que se debe el hecho de que las expediciones efectuadas no hayan llegado más rápidamente a resultados interesantes es el de que procedieron de un modo aislado y faltas de un objetivo preciso. Sin saber lo que hacían o habían hecho las otras, cada una de ellas tuvo que comenzar su trabajo a ciegas.

La Unesco ha comprendido la necesidad de iniciar un trabajo sistemático. Lo primero que deberá hacer será reunir una Conferencia de los países interesados, con objeto de llegar a la creación de un Instituto Científico Internacional. La misión esencial de este Instituto será allegar todos los do-

cumentos referentes al territorio del Amazonas y hacer avanzar de un golpe la marcha de las investigaciones.

Inútil es decir que la Unesco no tiene la intención de organizar por sí misma la exploración de aquella zona; se propone únicamente alentar a los sabios de todos los países en sus investigaciones y prestarles ayuda para la coordinación de los resultados que obtengan, poniendo en sus manos un centro de información general.

De esta suerte, se establecerá un sistema de cooperación científica internacional, como nunca ha existido otro. La Unesco probará que ha pasado ya

la era de los trabajos aislados y que la obra colectiva es la única que puede tener éxito hoy.

A la cabeza de la misión está el Dr. E. J. H. Corner, técnico principal en las cuestiones de la América Latina, que fué durante diez años director del Jardín botánico de Singapur. Con él trabajan el Dr. Basil Malamos, de nacionalidad griego, especialista en medicina tropical, el Profesor Paulo Carneiro, representante del Brasil en el Consejo ejecutivo de la Unesco, y el Dr. A. Metraux, etnógrafo enviado por el Consejo económico y social de las Naciones Unidas.